

NO TE POSTRARAS ANTE DIOSES EXTRAÑOS

EDUARDO J. ORTIZ

Puede parecer extraño encabezar este artículo con un texto bíblico dirigido contra la idolatría. Parecerá más extraño si decimos que la evocación del texto ha surgido como reacción ante la imagen de Dios que aparece en el documento de consulta que —con vistas a la reunión de Puebla— ha enviado el CELAM a las diversas conferencias episcopales del continente.

La idolatría de nuestros días es mucho más sutil que la de las culturas primitivas. Tan sutil, que es a veces la misma Iglesia la que la propicia. Hoy no confundimos a las imágenes materiales hechas por mano del hombre con la realidad de Dios, pero sí nos postramos a menudo ante ídolos intelectuales, ante imágenes falsas de Dios creadas por el sistema e introyectadas ideológicamente para el consumo masivo de la sociedad.

El descubrimiento de la trampa resulta aún más difícil cuando la imagen falsa de Dios está construida toda ella con materiales verdaderos. Cuando se dice de Dios sólo la mitad, y además la mitad menos importante. Cuando se puede estar de acuerdo con todo lo que dice esa imagen falsa, y sin embargo estar en desacuerdo con la imagen total.

Como a Dios —a ese Dios al que los cristianos llamamos Padre— no le ha visto nadie, podemos presentar dos imágenes globalmente contradictorias, ponerles el mismo nombre, y hacernos la ilusión de que hablamos de la misma persona. No es extraño, por tanto, que existan divisiones profundas en el seno de la misma Iglesia. Grupos distintos dentro de ella tienen ideas distintas, no sólo acerca de cuestiones disciplinares o estructurales, sino acerca del Dios al que dicen adorar.

En los últimos años la historia del cristianismo ha ido evolucionando. Fundamentalmente se ha abandonado el Dios de la filosofía helénica para seguir al Dios de la Escritura.

El Dios de la filosofía, al que a uno le han enseñado a adorar, es el culmen de todas las propiedades positivas en grado

infinito. Lo tiene todo. Es inmutable, impenetrable, sumamente perfecto. Lo puede todo, lo sabe todo, lo domina todo.

Ante este Dios uno termina por sentirse o aterrorizado o peligrosamente confiado.

El terror morboso proviene de la constante presencia inquisitiva de ese Dios que ve hasta lo más oculto y lo encuentra a uno siempre en falta. La vida se convierte en una lucha agotadora contra el mal interno, en la que siempre se pierde. El esfuerzo por la propia perfección acapara de tal forma las energías que no deja tiempo para transformar la sociedad. Además ¿con qué autoridad moral vamos a criticar las estructuras cuando internamente nos encontramos tan alejados de la meta?

Pero es posible también, por un mecanismo reflejo de autodefensa, abandonarse pasivamente a ese Dios creando una peligrosa actitud de confianza total. El es el sumamente bueno, el providente, el que domina el barco de la historia desde las alturas y lo conduce a buen puerto. El cristiano camina despreocupado sin preguntarse nunca por el destino histórico del mundo que le rodea ¿Cómo detenerse a dudar ante los absurdos de la historia si es Dios quien la ha hecho y la domina? Sería como echarle en cara que no ha sabido hacer las cosas bien. Por eso uno termina por convencerse de que las cosas están mal porque así están mejor. El Dios providente y todopoderoso no arregla el mundo no porque no pueda, sino porque no nos conviene.

Terminamos así por creer que la tierra es como el primer proyecto, el borrador de la auténtica historia. El ejemplar perfecto se dará en la otra vida, en el cielo. Nuestra misión consistiría en sortear los peligros de la única vida que tenemos entre las manos, apostando todo a otra vida que no sabemos cómo es ni en qué consiste, pero que nos fascina, y que emborriona el presente como sombra, carriage hacia la meta, valle de lágrimas. Con esto se ha logrado por fin aniquilar al hom-

bre. Ya lo han quitado del centro de la historia, ya le han castrado sus posibilidades de rebelión y creatividad, ya le han matado la ilusión. Ahora los auténticos vivos podrán gozar de un desorden del que ellos son beneficiarios directos. Bastará echar de comer de vez en cuando a los líderes e ideólogos cristianos para tenerlos con la boca cerrada.

Gracias a Dios vino el ateísmo. Se atribuye al cineasta Luis Buñuel esta expresión ("Gracias a Dios soy ateo"). Un Dios así tenía que morir. No es fácil trazar el origen de esta rebelión interna del hombre contra ese Dios, pero en el occidente moderno uno de sus principales puntales es Federico Nietzsche; ese prometeo de carne y hueso que porque estaba loco se atrevió a enfrentarse con el Dios de su cultura, y porque se enfrentó con Dios se volvió loco:

"¡Dios ha muerto! Lo que el mundo poseía de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestro cuchillo... Fue preciso que él muriese. Miraba con ojos que lo veían todo; veía las profundidades y los abismos del hombre, toda su oculta ignominia y fealdad. Su compasión no conocía la vergüenza: se deslizaba a mis sucios rincones. Fue preciso que muriese el más curioso, el más inoportuno, el más compasivo".

Lo que Nietzsche expresa a lo largo de su obra con brochazos intuitivos y paranoicos, lo van a reafirmar Feuerbach y Marx con el frío bisturí de la observación y el análisis. Hay que matar a Dios para que viva el hombre, dirá Feuerbach. El hombre se ha enajenado, se ha alienado, al proyectar fuera de sí lo que él mismo desea ser. En vez de cultivar su propia personalidad, pasa el tiempo cultivando una personalidad ajena con las atribuciones que le corresponden a él. Se desnuda, se empobrece, se aniquila, para revestir a un ser extraño. El hombre tiene que dejar de creer en Dios, para poder creer en sí mismo y construir su propia historia. Marx añadirá además que ese Dios extra-

ño es el garante supremo de la situación actual de opresión e injusticia. Mientras se siga creyendo en el Dios del más allá, se dejará tranquilo el más acá. Hay que destruir la religión para liberar las energías del pueblo y encaminarlas hacia su propia transformación.

Mientras la Iglesia se hizo sorda a estas afirmaciones y las condenó como blasfemas, quedó ella misma incapacitada para salvarse del remolino al que se había lanzado y que la estaba tragando. Poco a poco, diversos grupos de cristianos que se aventuraron a colaborar con quienes parecían enemigos han roto el espejismo. El ateísmo no sólo fue la liberación del hombre, sino que supuso la liberación del mismo Dios. Dios pudo escaparse de las rejas filosóficas en las que se le había enjaulado, para recobrar su rostro auténtico: el rostro de Jesús de Nazareth, nacido pobre, enfrentado al sistema religioso-político de su tiempo, ajusticiado por ese enfrentamiento.

Porque lo fundamental del cristiano es que sus imágenes de Dios ya no pueden escaparse hacia el espacio de elucubraciones incorpóreas. Para nosotros toda imagen de Dios está necesariamente mediatizada por la historia de un hombre que vivió en Palestina hace veinte siglos. En esa historia reconocemos la revelación definitiva de Dios, que podrá y deberá ser leída y readaptada en cada nueva circunstancia histórica, pero que no puede ya ser corregida ni superada.

Jesús de Nazareth contrasta de tal manera con la idea filosófica de Dios, y aun con gran parte de las ideas dominantes de Dios aparecidas en el Antiguo Testamento, que hay que decidirse por uno o por otro. Los sumos sacerdotes fueron muy lógicos cuando acusaron a Jesús de blasfemo. Declarándose como enviado de Dios negaba la imagen oficial de Dios.

En Jesús Dios no es impasible. El toma tan en serio nuestra historia que es parte de ella, se sumerge en su corriente, bracea frente a las omnipotentes fuerzas opresoras que la moldean, y sucumbe ¿Dónde está la omnipotencia de Dios? Si lo hubiésemos mantenido alejado de nuestros conflictos, podríamos haber sostenido la ilusión de que él podía solucionarlos de un plumazo. Pero los poderosos lo mataron; pudieron más que él. No nos extraña que en un primer momento sus discípulos se desintegraran. Se habían equivocado. Creían que Jesús venía de parte de Dios, pero Dios nunca pierde, y Jesús en cambio había perdido.

Sólo unos días más tarde se comenzó a leer la experiencia en la dirección contraria. En vez de quedarse con la propia imagen de Dios y abandonar a Jesús, se llegó a ver en Jesús al único Dios y se abandonaron todas las imágenes que lo

contradijeran. En esto consiste el cristianismo, y cualquier vuelta atrás es idolatría.

La resurrección de Jesús llena su camino de sentido. Tiene sentido predicar una buena noticia de liberación a los pobres; tiene sentido y futuro apoyar esa predicación con una entrega incondicional hasta ser capaces de dar la propia vida por llevarla a término. El camino es largo, y la oposición será ardua, bien organizada y despiadada. No será posible predicar esa buena noticia sin dejar cadáveres en el camino. Pero fue Dios quien sucumbió primero, y sin embargo no lo pudieron rematar. El vive aún y corre por delante de nosotros.

Este es el poder del Dios de Jesús, en contraste con el poder del Dios de la filosofía. No el poder establecido, que mantiene la injusticia por la fuerza y la represión, ni tampoco el poder despreocupado del aristócrata que encerrado en su castillo es indiferente a las necesidades del pueblo; sino el poder no tener miedo ante el "poder". El Dios de Jesús lo puede todo porque cree en el futuro y no se arredra ante ninguna dificultad. El cristianismo puede transformar la historia a favor del oprimido, porque no espera intervenciones ultraterrenas para implantar el orden, sino que cree en la perseverancia y en la generosidad de millones de hombres dispuestos a llevar su entrega hasta las últimas consecuencias.

A este Dios sí le tiene miedo el sistema. El otro Dios, el de la filosofía, le deja sin cuidado. Sería un observador que nunca interviene. La historia quedaría en manos de explotadores inescrupulosos, porque Dios parece que no ve, y los creyentes están demasiado ocupados mirando hacia arriba. Pero cuando Dios se encarna en la lucha por los oprimidos, es entonces cuando los poderosos se ponen a temblar y aprestan sus cárceles, sus torturadores, sus espías, sus asesinos a sueldo. Es entonces cuando los incrédulos manobran para dividir a la iglesia, y se constituyen en defensores a ultranza de la imagen tradicional de Dios, honrando a sus representantes, y apoyando económica y publicitariamente a sus portavoces. Esto lo vemos a cada paso en Venezuela y en el resto de Latinoamérica.

Decimos pues que Jesús se presentó proclamando la presencia del Reino de Dios, es decir, la creación de una situación en la que reine la justicia, en la que nadie pise a nadie, en la que todos sean reconocidos como imágenes de Dios. Por eso la predicación de Jesús aparece como alegría para los pobres y desgracia para los ricos. Tenemos que reconocer que aunque Jesús anunció el Reino, y aunque nos muestra el camino para alcanzarlo, él mismo no acabó de lograrlo. Por eso aún seguimos trabajando en el mismo proyec-

to, y tratamos de vivir la presencia de Jesús resucitado en el pobre y en el oprimido, que es el que con sola su existencia nos recuerda lo que nos falta por recorrer.

La eterna tentación de la Iglesia es escaparse una vez más al Dios omnipotente que ella debería entonces anunciar a través de su poder; al Dios sabelotodo que ella reflejaría con la insistente negación de que alguna vez se pueda equivocarse cuando habla a través de sus representantes; al Dios lejano que justifica su propia carencia de compromiso.

Poner el ideal en un orden social justo es ponerlo demasiado alto. A veces se nos dice que eso es rebajarlo, pero en realidad es todo lo contrario. Se rebaja el ideal cuando se lo espiritualiza, porque entonces se lo hace más accesible. Si identificamos el reino con el cielo nos hacemos la ilusión de que pronto podremos conquistarlo sin excesivo esfuerzo. En cambio, si lo traducimos en términos de justicia, nos damos cuenta de que nos moriremos sin haberlo alcanzado. Pero esto último es lo auténticamente cristiano.

Hace diez años los Obispos Latinoamericanos lo dijeron en voz alta en Medellín, pero es demasiado costoso mantener esta nueva imagen. Cuesta tiempo, cuesta la pérdida de una situación de privilegio, cuesta personas. La tentación de idolatría está siempre al acecho. Leyendo el documento de trabajo para Puebla no podemos evitar la impresión de que el peligro no es nada imaginario: insistencia exclusiva en el Dios providente, y silencio sobre el Dios de los profetas que rechaza los sacrificios de los injustos y les echa en cara sus crímenes; un Jesús salvador del que se silencia el conflictivo camino de salvación, la dimensión socio-política de su mensaje, las causas históricas de su condena a muerte. Estos silencios no pueden menos de aparecer como cuidadosamente intencionados. Cuando por primera vez en la historia se habla a nivel mundial de corrientes teológicas latinoamericanas, éstas aparecen ignoradas en los documentos que se quiere hacer aprobar a sus Obispos.

Pero la historia ya no vuelve atrás. Son muchos los cristianos que releen en este contexto la admonición de Pablo: "Miren; incluso si nosotros mismos o un ángel bajado del cielo les anunciara una buena noticia distinta de la que les hemos anunciado, ¡fuera con él! Lo que les tenía dicho se lo repito ahora: si alguien les anuncia una buena noticia distinta de la que recibieron ¡fuera con él!" (Gálatas 1.8-9).

Más que esperanza, lo que se tiene respecto a Puebla es expectación. Se quiere ver si los allí reunidos serán capaces de mantener la imagen de Dios que una vez ellos mismos presentaron. ○